

dad que tienen las mas veces para seguir sus divinas inspiraciones: hace una pintura muy parecida de las tibiezas, inquietudes é inconstancia del corazon en el amor divino: como lo abandona facilmente para unirse á las criaturas; como los objetos sensibles obran con mayor fuerza sobre él; como le reducen y le arrastran; como todo deberia llevarlo á Dios, y que sin embargo todo sirve para apartarle de él. Pasa en seguida á tratar de la oracion que es uno de los principales ejercicios del amor divino; y despues de haber hablado de la contemplacion y del descanso del alma en Dios, esplica sus desfallecimientos, sus transportes, y las penas que Dios le hace sentir para probar su fidelidad: pinta despues los disgustos y turbaciones interiores que impiden al alma el conocer el ardor de que está llena; como teme, como se asusta, y se abate, y como en el exceso de su tristeza cae en una languidez, que se diferencia poco de la de los moribundos. Entonces, añade el santo Prelado, el alma ya no discierne si espera, ó si ama, y la turbacion de que se halla llena, y la tristeza que le ocupa, le agobian de tal suerte, que no le queda fuerza para volver sobre sí misma, ni para descubrir lo que le sucede, y se ve reducida á creer que no tiene ya esperanza, ni amor, sino unas simples impresiones de estas virtudes, que siente en la realidad, y que posee en un grado eminente.

Unos sentimientos tan puros no sabrian explicarse sin haberlos experimentado: este es un lenguaje que no puede aprenderse sino con una larga y santa esperiencia, y es preciso haber estado mucho tiempo bajo la mano de Dios, dócil, sumiso y atento á sus miras aun las mas secretas, para saber hablar tan bien. Esto es todo lo que se pretende concluir de lo que acaba de contarse del Tratado del amor de Dios; podrá hablarse de él con mas estension en el último libro de esta historia.

En tanto que el santo Prelado se ocupaba de este

modo en formar las almas á la mas alta perfeccion, y enseñarles lo que habia aprendido del mismo Dios; los turcos, aquellos temibles enemigos del nombre cristiano á quienes vemos hoy en dia tan humillados, hacian unos progresos en Hungría de lo que se alarmó toda la Alemania, y el Emperador, demasiado débil para resistir, habia convocado la Dieta en Ratisbona para el 4.^o de Febrero del siguiente año de 1645 para pedir socorro á los Príncipes del imperio. Como la sublevacion de Ginebra contra su Obispo no le impedía reconocerle por Príncipe del imperio, y legítimo Soberano de aquella ciudad rebelde, escribió á Francisco y le convidó á presentarse en la Dieta.

Siguiendo la antigua usanza, el correo del Emperador se presenta en Ginebra; y habiéndose apeado delante del palacio episcopal, pide hablar con el Obispo de parte de S. M. I.: se le responde que no está, y que reside en Annecy; el correo toma auto de esta respuesta, y volviendo á montar á caballo vá á Annecy á entregar los despachos abiertos del Emperador. Esta ceremonia que ahora parece bastante inútil, no deja de ser una prueba de la Soberanía del Obispo, que se renueva de tiempo en tiempo de un modo que conserve su memoria, y que hace ver que ni el Emperador, ni el imperio aprueban la sublevacion de Ginebra contra su Obispo, y que no dejan por ella de mirarle como uno de sus principales miembros.

Francisco respondió al Emperador, que tenía el mayor sentimiento en no poder obedecer á las órdenes de S. M. I. y en no poder ayudarle con sus bienes y consejos, en una ocasion que de nada menos se trataba que de la causa de Dios y de la gloria del nombre cristiano; que los ginebrinos, al revolucionarse, se habian apoderado injustamente de la mayor parte de los bienes de su Iglesia, habiéndole dejado apenas con que subsistir, y habiéndole puesto ente-

ramente fuera de estado de prestar á S. M. I. y al imperio la obediencia y el socorro que todos sus miembros deben á su augusto Gefe; que á falta de estos medios, él no cesaria de rogar al Altísimo, al Todopoderoso, al Dios de los ejércitos, que bendijese sus armas y sus designios, que marchase delante de él, que fuese su guia, y que le diese la victoria sobre los enemigos de su nombre: esto es todo lo que podia hacer el santo Prelado en el estado en que se encontraba, y el Emperador y el imperio tampoco esperaban mas.

Dios permitió por aquel tiempo, que la reputacion de Francisco fuese atacada de un modo tan terrible, y al mismo tiempo tan artificioso, que las personas mas ilustradas y menos fáciles en dejarse sorprender, estuvieron á pique de perder toda la estimacion que le tenían.

Una cortesana joven y bien dispuesta, despues de haber cometido mil desórdenes en Chambery, fué á Annecy atraida por las ofertas de un gentil-hombre del Duque de Nemours, enemigo hacia mucho tiempo de la casa de Sales, y en particular del santo Prelado: no permaneció mucho en Annecy la tal cortesana sin causar los mismos desórdenes que habia hecho nacer en Chambery; y sus escesos eran tan públicos, que no podian ya disimularse por mas tiempo; el santo hizo que la avisasen secretamente, y aun la hizo amenazar; pero la protección del Duque de Nemours, de que el gentil-hombre se valia, haciéndola insolente, fué causa de que hiciese igual desprecio de sus avisos que de sus amenazas. Reducido Francisco á emplear medios mas fuertes, subió al púlpito, y predicó contra ella con tanta energia, que varios de sus apasionados la abandonaron, y no volvieron á verla mas.

No fué necesaria otra cosa para hacer subir la cólera de aquella muger al mas alto punto que era posible: alli era donde la esperaba el gentil-hombre del

Duque de Nemours: no habia este contribuido poco á inspirarla toda la venganza de que son capaces esta clase de gentes, cuando se les contraria en sus funestos designios. Poseia un talento peligroso; sabia contrahacer toda clase de letras, y lo hacia con tal perfeccion que los mas diestros se habieran equivocado. Encontró modo de hacerse con algunas cartas del santo Prelado, y en convenio con la cortesana, contrahizo una, como si él se la hubiese escrito. Pediala mil perdones en esta carta por haberse visto obligado á predicar contra ella; y haciéndole hablar como un verdadero malvado, hacia, que se quejase de aquella necesidad en que se encuentran á menudo las personas de su caracter, de alucinar al pueblo, y disfrazarle sus verdaderos sentimientos: haciale decir en seguida mil criminales requiebros á aquella desgraciada, y le hacia pedir al fin una cita para la noche siguiente en un lugar escondido, y en donde pudiese estar con ella con toda libertad. Cierto es, que cuanto mas libertina era esta carta, tanto menos debia haberse sospechado de que el santo Prelado le habia escrito; pero el caracter y el estilo eran tan parecidos al suyo, que él mismo se engañó, cuando se la presentaron. Concebida y ejecutada de esta suerte aquella obra de las tinieblas, el gentil-hombre llevó la carta ya cerrada y sellada á la cortesana, se la leyó, y se la volvió á llevar despues de haber convenido ambos, en que ella diria que él se la habia tomado, y que manifestaria que estaba llena de cólera por semejante motivo.

Tomadas estas medidas, la cortesana convenida con el gentil-hombre, metió mucho ruido hablando de una carta de consideracion que aquel le habia tomado, quejose de esto á todos sus amigos, y dió á entender que nada omitia para volversela á arrebatarse: esto fué cabalmente lo que sirvió para hacerla pública; porque instando el gentil-hombre por los que se interesaban por aquella muger, para que la volviese la carta que la ha-

bia tomado, les hacia falsas confianzas; y enseñándoles la carta supuesta, les obligaba á convenir en que no era acertado volverla á poner en las manos de una persona del caracter y profesion de la cortesana. De este modo el malvado, que hacia perder la reputacion á un santo Obispo por el desgraciado artificio, del cual era él solo el autor, tenia aun la satisfaccion de pasar por discreto, y de hacer creer á las gentes que guardaba consideraciones al honor del santo Prelado.

Seria difícil explicar el perjuicio que aquella funesta carta tan malignamente inventada hizo á nuestro santo: la vida inocente que habia observado tan constantemente desde su mas tierna juventud, sus trabajos por la fé, su celo, su piedad tan generalmente reconocida, y aquella brillante santidad que Dios habia tenido á bien autorizar con milagros, todo esto no pudo ser bastante contra una calumnia tan negra, ni sostener su reputacion en el concepto de los hombres; los mismos, que creyendo conocerle mas á fondo, estaban menos dispuestos á juzgar mal de él, inciertos, sobrecogidos y confusos, no sabian que pensar sobre el particular; por esto es preciso confesar, que esta era la prueba mas terrible en que Dios pudiese poner la virtud de su siervo; pero queria purificar mas y mas aquel corazon tan puro ya y desinteresado, y que tal vez no tenia apego á otra cosa en este mundo que á la reputacion y buena fama; apego que se cree poder tener inocentemente, y del cual no podria prescindir en efecto un ministerio tan santo como el del episcopado.

Entretanto la calumnia, que hacia todos los dias nuevos progresos, llegó al fin hasta el Duque de Nemours. Este Principe, que apreciaba al gentil-hombre que habia fingido la carta, supo que estaba reñido con la cortesana, preguntóle el motivo, y aquel hombre malvado le dijo en confianza lo mismo que habia dicho á tantos otros. El Duque, que conocia mejor que otro algu-

no la letra del santo Prelado, pidió la carta para verla. A la vista de un caracter tan bien imitado, y de un estilo tan parecido fué extraordinaria su sorpresa; examinóla con detencion, y la cotejó con otras cartas del santo que tenia en su poder; pero estas precauciones no sirvieron sino para autorizar mas la calumnia, y el Duque engañado por unas apariencias, de las que ni siquiera le pasó por el pensamiento el desconfiar, no pudo menos de exclamar diciendo: *qué ¡el Obispo de Ginebra no es sino un hipócrita, trapacero é impostor! ¿de quién podrá uno fiarse de aqui en adelante?*

Cuando estaba lleno aun de semejantes ideas, un gentil-hombre de su cámara llamado Foras, pariente del santo Prelado, y que le tenia una particular veneracion, se presentó para alguna cosa de las pertenecientes á su empleo: el Duque, que habia pedido la carta para guardarla hasta el dia siguiente, y que aun la tenia en su poder, le llevó á su gabinete, y le preguntó en que concepto tenia al Obispo de Ginebra: *en el de un santo*, respondió Foras, *y nadie que le conozca, podrá dudar de esta verdad. Ved aqui*, respondió el Duque, *cuanto os equivocais; leed esta carta, y ved si hay en el mundo un hombre mas malvado.* Foras convino en que aquella carta tenia una letra que se parecia mucho á la del Obispo de Ginebra; pero sostuvo que no era capaz de haberla escrito, y que alli habia alguna cosa oculta que Dios la descubriria al fin. El Duque se burló de su prevencion, pero no pudo negarse á prestarle la carta por todo el resto del dia.

El uso que de ella hizo, fué llevarsela al santo Prelado, que no sabia aun cosa alguna de toda esta intriga. La leyó toda sin emocion, y sin mudar de color, despues volviéndosela á Foras, le dijo: *á la verdad esta letra se parece mucho á la mia; pero Dios me es testigo, de que yo no he escrito esta carta.* Encargóle en seguida á su pariente, que volviese aquella carta al Du-

que de Nemours, puesto que de él la habia recibido; y añadió, que para su justificacion se remitia á Dios que era el que sabia la medida de la reputacion de que necesitaba para su servicio, y que no queria otra mas que esta.

Pero Foras, que era un caballero joven, lleno de valor, y un poco violento por naturaleza, no tomó la cosa con tanta paciencia; no dudó de que el autor de la carta era el mismo gentil-hombre que se la habia entregado al Duque; en este concepto le escribió un billete, en el que, señalándole hora y sitio, le decia que queria entregarle su carta con la espada en la mano, y hacerle confesar la accion mas indigna que podia haber ocurrido jamas á un caballero. El autor de la carta aceptó el desafio; pero como ninguno de los dos compareció al otro dia á la hora de levantarse el Duque, éste se malició el proyectado desafio, y mandó que fuesen á arrestarlos; pero Foras ya habia marchado al lugar de la cita. Habiendo llegado la noticia al santo Prelado, envió á buscar al caballero de Sales su hermano, suplicándole que lo condujese á su presencia á pesar de todo lo que pudiese decirle para resistirse. Logró á costa de mucho trabajo el hacerle resolverse á seguirle; pero al fin juzgando que jamas podria llevar adelante su intento en su presencia, dejó la cosa para otro dia y le siguió á casa del santo Prelado. Apenas le hubo visto este, cuando le hizo las mas fuertes convenciones, y habiéndole hecho confesar el proyectado duelo, le dijo con mucho calor, que ya le habia dado á conocer á él mismo, que no queria sino á Dios por protector de su inocencia; que era muy temerario en creer, que el Señor tuviese necesidad de él para justificarle, y que no volveria á verle mas, sino abandonaba el designio que tenia de vengarle. Foras se vió obligado á prometérselo así. Pero aunque previó las consecuencias, no pudo determinarse á volver

la carta al Duque, hízola mil pedazos, y habiéndolo sabido el Duque, le prohibió que volviese á comparecer delante de él, y le privó de su empleo. Entre tanto, no estando justificado Francisco, cayó aquella horrible calumnia de rechazo sobre las hijas de la Visitacion: se pensó y se dijo cuanto se quiso contra la madre de Chantal; las otras tampoco se libraron de la maledicencia, y su inocencia y virtud no fueron suficientes para ponerlas á cubierto de los tiros de la mas horrorosa calumnia. Esto era atacar al santo Prelado por un lado muy sensible; bien sabido es lo que es el honor en las personas del sexo femenino, sobre todo si se han consagrado á Dios en el estado religioso; una apariencia, una sospecha, una murmuracion, todo es capaz de destruirle; nada tan fácil de perder, nada tan difícil de recobrar: una circunstancia parecia favorecer en esta ocasion los malos juicios de los hombres. En sus principios, las hijas de la Visitacion no guardaban la clausura; tenian libertad de salir para dedicarse á obras de caridad, y cumplian con esta obligacion con una edificacion que hubiera sido capaz de confundir á la misma calumnia. Pero cuando los juicios temerarios han atacado una vez á la inclinacion, nada puede detenerlos, y la calumnia se apoya á menudo sobre lo mismo que parece que deberia destruirla.

Tres años se pasaron de este modo, sin que pareciese que Dios pensase en justificar á tantas personas inocentes, y sin que Francisco perdiese cosa alguna de su constancia y confianza en el Señor; siempre tranquilo, siempre igual, contento con el testimonio de su conciencia, superior al juicio de los hombres, esperaba con una profunda paz el tiempo que Dios habia señalado para sacarle de tan violenta opresion. El que no ha probado, lo que llama David, la contradiccion de las lenguas, la turbacion é inquietud, en que esta pone casi siempre aun á las almas mas fuertes; el que no ha es-

tado espuesto á esta horrible persecucion, jamas comprenderá bastante, qual debia ser la virtud del santo Prelado en haberla podido sufrir tan largo tiempo, sin turbarse, sin defenderse, y sin perder cosa alguna de aquella paz é incomparable dulzura, que deberian haber bastado por sí solas para confundir á sus enemigos, y convencerlos de su inocencia.

Però al fin la justicia de Dios, que aunque parezca lenta á nuestra impaciencia, jamas pierde de vista, ni á los inocentes, ni á los culpados, la hizo brillar de un modo que convenció aun á los mas incrédulos.

El gentil-hombre autor de la supuesta carta fué encargado de una comision por el Duque de Nemours. Apenas estaba á dos jornadas de Annecy, quando pasando por un lugarcillo pequeño, fué atacado de un cólico violento. La pobreza del lugar le obligó á retirarse á la casa del cura. Aumentándose el mal, se dió aviso al Duque de Nemours que envió en posta médicos y cirujanos, para que le asistiesen; pero estos eran otros tantos testigos de la inocencia del santo Prelado, que la divina Providencia traía desde lejos para justificarle plenamente y de un modo nada sospechoso. Los remedios no sirvieron sino de agriar el mal, y al fin hubo que advertir al enfermo, que se acercaba su última hora, y que no debia pensar en otra cosa que en ir á dar cuenta á Dios, y en recibir los últimos sacramentos de la Iglesia. En este triste estado confesó la horrible calumnia que había levantado al santo Prelado, se confesó, encargó á los concurrentes que diesen testimonio de lo que había dicho, y encargó en particular á los médicos y cirujanos del Duque de Nemours, que le desengañasen, y que fuesen de su parte á dar una satisfaccion al Obispo de Ginebra. No les fué difícil el alcanzar de él su perdon; pero la justicia divina no fué tan fácil de aplacar; el gentil-hombre murió en medio de los dolores mas agudos. Ejemplo ter-

rible, que demuestra, que Dios no espera siempre á la otra vida para castigar unos crímenes tan grandes como el de que era culpable aquel desdichado. El santo Prelado le lloró, mandó hacer rogativas públicas por su alma, y aseguró que sentia extraordinariamente el no haber podido abrazarle. Así fué como Dios justificó al inocente Obispo, y á sus santas hijas, que tambien les habia cabido parte en su difamacion. Foras fué repuesto en su cargo, y el Duque de Nemours dió señales tan públicas de su estimacion hácia el santo Obispo, que repararon con ventajas el agravio que su demasiada credulidad habia hecho á su reputacion.

En este mismo tiempo, el Parlamento de Grenoble, que tenia noticia que el Duque de Lesdiguières gobernador del Definado, y despues Condestable de Francia, celoso calvinista hasta entonces, habia dado alguna esperanza de su regreso á la Iglesia católica, puso los ojos en Francisco, como el hombre mas capaz del mundo para contribuir á la ejecucion de aquel gran designio. Lesdiguières era un hombre de un gran discernimiento, de un entendimiento sólido, que no carecia de instruccion, y que pasaba por un calvinista de buena fé. Su valor y sus grandes hazañas le habian adquirido el concepto de uno de los mas hábiles y mas afortunados capitanes de la Europa, y los calvinistas de Francia le miraban como á uno de sus mas firmes apoyos. Las extraordinarias ventajas que Enrique el Grande se habia visto como obligado á concederles por el edicto de Nantes, les habian casi puesto bajo el pie de una república independiente; subsistia esta en medio de un reino en virtud de aquel edicto; y como sus intereses no siempre convenian con los del Estado, tenia cuidado de contemplar á los valientes de su partido, y los tenia sujetos por medio de unas pensiones considerables, que les proporcionaban el vivir con ostentacion, y el hacerse respetar. Lesdiguières era uno de estos; así es,

que como tenia muchas consideraciones que guardar, la obra de su conversion exijía un gran secreto, y debia ser dirigida con mucha precaucion. Era pues preciso al Obispo de Ginebra tener un pretesto para ir á Grenoble, que cubriese el verdadero motivo de su viaje, y que le obligase á detenerse alli bastante tiempo para ejecutar aquel gran designio.

Bajo este concepto, el Parlamento le escribió para suplicarle que le concediese la misma gracia que habia concedido al de Dijon, y que fuese á predicar la próxima cuaresma en la capital del Delfinado. Contestó Francisco, que tratándose de salir de los Estados del Duque de Saboya, no podia hacerlo sin el permiso del Soberano, y que tenia sus razones para no pedirselo.

En vista de esta respuesta, el Parlamento diputó dos consejeros al Duque de Saboya para pedirle su consentimiento. Concediolo, y Francisco que estaba persuadido de la utilidad que resultaria á la Iglesia de la conversion de Lesdiguières, creyó, que ella era un motivo suficiente para dispensarle la residencia. Asi se lo escribió al Papa que lo aprobó, y entonces se preparó nuestro santo para emprender aquel viaje. Acercándose ya la cuaresma, envió el Parlamento dos consejeros para recibirle y acompañarle hasta Grenoble.

Nada puede añadirse á los honores que se hicieron al santo Prelado en aquella ciudad, ni á las señales de aprecio que se le dieron en ella; pero tampoco puede añadirse cosa alguna al celo que desplegó en todos sus sermones, y á los grandes ejemplos de virtud, con que tuvo cuidado de apoyarlos. Los católicos y los calvinistas atraídos por su reputacion, pero mucho mas por aquella brillante santidad, que se dejaba notar de todo el mundo, por cuidado que él pusiese en ocultarla, corrían en tropas á sus sermones, y jamas salían de ellos, sin experimentar las impresiones que la gracia de Dios habia como inculcado á sus discursos. Las conversio-

nes que á ellos se siguieron fueron en tanto número, que estando admirados de ellas los ministros, prohibieron severamente el que se asistiese á sus sermones; pero no por esto pudieron que uno de los mas instruidos de entre ellos renunciase públicamente sus errores.

Esta conversion metió tan grande ruido, y animó tan fuertemente contra el santo á los mas celosos del partido, que el primer presidente creyó, que debia mandarlo acompañar para que fuese con toda seguridad: pero habiéndoselo propuesto al santo Prelado, respondió, *que siempre le habia ido bien con no poner su confianza sino en solo Dios, y que le pedia ya de antemano que perdonase á todos los que le hiciesen algun ultraje.*

La conversion del ministro sonaba tanto, que se sintió de ello la vanidad de uno de sus compañeros, y sea que se creyese mas hábil que el otro, ó que no fuese en realidad sino mas temerario, lo cierto es, que propuso una disputa pública con el santo Prelado. Francisco la aceptó, y habiendo ido á buscarle el ministro, empezó la conferencia por un torrente de injurias, creyendo, que si podia lograr encolerizarle, saldría mas facilmente victorioso; pero un hombre que se domina á sí mismo, tiene una gran ventaja sobre el que no es capaz de hacerlo; Francisco escuchó sus injurias sin conmoverse, y todas las veces que volvía á proseguir en ellas, se callaba, y volvía en seguida á proseguir el discurso en donde lo habia dejado. Un calvinista, que estaba presente, quedó igualmente admirado de la insolencia del ministro, y de la invencible paciencia que el santo Obispo continuaba oponiendo á sus arrebatos, y no pudo menos de decir que el partido no era igual, puesto que Francisco persuadía aun callando. Su conversion fué uno de los frutos de la conferencia, y la ventaja quedó tan visiblemente por parte del santo Prelado, que el ministro murió al poco tiempo sofocado de sentimiento y confusion. Algunos de los que estuvie-

ron presentes á la disputa, no pudieron dejar de decir á Francisco, que se admiraban de que hubiese podido aguantar todas las injurias que le habia dicho el ministro; que la paciencia cristiana tenia sus límites, y que aun los mismos padres de la Iglesia habian rechazado algunas veces con mucho rigor la insolencia de los hereges. *Cierto es*, respondió el santo Prelado; *pero mi intencion no era el de humillarme, ni la de vengarme, sino la de ganarle y convertirle: el haberle vuelto injuria por injuria no hubiera favorecido esta intencion.*

Hasta aqui aun no habia asistido Lesdiguières á los sermones del santo Prelado; tenia como ya se ha dicho que tomar grandes precauciones. Pero en fin la reputacion de Francisco se hizo tan general que ya no pudo resistir mas á la curiosidad que tenia de oírle. Asistió despues siempre con mucha frecuencia á sus sermones, y sintiéndose conmovido quiso tener con él conferencias particulares. Ya se ha dicho que estas conversiones eran el fuerte del santo Prelado, y siempre se ha visto que ha acabado en ellas lo que habia comenzado en el púlpito. Como unia á una gran capacidad y á un gran uso, una presencia de espíritu admirable, una moderacion á toda prueba, y una insinuante dulzura que nada era capaz de vencer, tenia unas ventajas de las que no era fácil defenderse. Por estos lados fué por donde se insinuó en el espíritu de Lesdiguières, y quedó este tan satisfecho de la primera conversacion que tuvo con él, que le pidió otras muchas: al principio fueron secretas; pero al fin Lesdiguières, que tenia el alma grande, creyó que habia algo de bajeza en reprimirse, y en usar de disimulo. Las conferencias vinieron á hacerse públicas, y él no tuvo dificultad en confesar, que estaba muy satisfecho, y que los modales del Obispo de Ginebra hacian que le disgustasen extraordinariamente los de sus ministros.

No fué menester mas para introducir la alarma en el

partido; juntaróñse, deliberóñse sobre lo que se habia de hacer, y se resolvió, que los ministros reunidos en cuerpo irian á verle para reconvenirle. Lesdiguières les recibió segun acostumbraba, es decir, con una educacion mezclada con mucha fortaleza. Su arenga fué larga, y llegó á fastidiar; pero al fin se le escapó al ministro que llevaba la palabra el hablar con desprecio del Obispo de Ginebra. Lesdiguières no pudo sufrirlo, y le dijo, que jamas se olvidase, á lo menos en su presencia, del respeto que se le debia á una persona de su mérito y nacimiento, á un Obispo, y á un Principe del imperio, como él era; despues volviéndose hácia los demas de su séquito, les dijo; que si él tuviese tantos derechos como el Obispo de Ginebra á la soberania de aquella ciudad, no se entretendria como él en residir en Anney, y que la reduciria bien pronto á la sumision que le debia. Dejó salir en seguida á los ministros sin acompañarlos, y dando á entender que ni siquiera reparaba en que se iban. Esto les mortificó extraordinariamente, y ya no se dudó de que el Duque tuviese la intencion de hacerse católico.

Pero es mas difícil de lo que se cree el abrazar unas verdades contrarias á las preocupaciones de la educacion y del nacimiento; no se deshace uno como quiere de los fantasmas de que ha llegado á llenarse una vez; y nada depende mas exclusivamente de la gracia, que el purificar el ojo del hombre interior, para hacerle capaz de ver la verdad que es la luz del alma. Sin embargo, esta gracia no se concede sino á los corazones puros, y Lesdiguières que no llevaba aun una vida muy arreglada, no le tenia asi por consiguiente. La severidad de la moral católica le daba aun mas pena que sus dogmas. Francisco, que no estaba poseido de otras impresiones que de las de la caridad, de otros intereses que de los de Jesucristo, ni de otros deseos que de los de la salvacion de las almas, no desistió por esto en su empre-

sa, y esperaba con su acostumbrada sumisión á las órdenes de Dios el tiempo, que su misericordia habia señalado para la conversion de aquella alma, que debia privar á la heregia de un tan grande apoyo. Acabóse la cuaresma, y Francisco se volvió á Annecy, sin que Lesdiguières se hubiese declarado sobre lo que tenia intención de hacer.

Se creía que las cosas quedarían en este estado, y que el Duque detenido por los intereses humanos, no pasaria mas adelante, cuando se supo, que en convenio con Francisco habia alcanzado del Duque de Saboya que volviese á Grenoble á predicar la cuaresma siguiente. Entonces ya no se dudó, de que el santo Prelado acabase al fin aquella grande obra. En efecto, apenas estuvo nuevamente de vuelta en Grenoble, cuando volvieron á empezar sus conferencias con Lesdiguières, pero su corazón, preso en los lazos del amor profano, no podia resolverse á seguir las luces de su entendimiento. Francisco, que no hacia cosa alguna á medias, combatia al mismo tiempo sus compromisos y sus errores; y contando por poca cosa su conversion á la fé católica, sino correspondian su vida y costumbres á la pureza de su creencia, pedia incesantemente á Dios que acabase su obra, moviendo su corazón, asi como ya habia iluminado su entendimiento.

Estaban las cosas en esta disposicion, cuando los Duques de Saboya y de Mantua, cansados de la guerra que se hacian, habia ya tres años con motivo del Ducado de Monferrato, al que tenian ambos pretensiones, y resueltos en fin á convenirse, recibió Lesdiguières una orden para trasladarse á Turin para asistir en nombre del Rey á las conferencias de la paz. Este contratiempo impidió á Francisco el concluir la obra de su conversion.

Pero estando Lesdiguières en Turin, sucedió una cosa que hizo ver claramente, cuales eran sus disposiciones

con respecto á la Iglesia católica. El cardenal Ludovico, que habia asistido á las conferencias en nombre del Papa, estando próximo á volverse á Roma, despues de ajustada la paz, fué á ver á Lesdiguières para despedirse de él. Cuando se separaban, le dijo Lesdiguières: *que no era tan enemigo de la Iglesia romana, que no la desease un Papa de su mérito. Y yo*, respondió el Cardenal, *soy bastante amigo vuestro, para no desear veros hecho un buen católico.* Lesdiguières respondió, *que él quisiera, que no consistiese sino en esto el que fuese Papa, que la cosa no tardaria mucho en hacerse. No vayamos tan de prisa*, respondió el Cardenal, *prometedme únicamente que os hareis católico si yo soy Papa.* Lesdiguières se lo prometió. Esto, que dijeron entonces por pura cortesía, sucedió despues lo mismo que lo habian convenido. El Cardenal fué elegido Papa, y tomó el nombre de Gregorio XV, y Lesdiguières, persuadido hacia ya mucho tiempo por Francisco, abrazó la Religion católica. Los que han dicho que no tuvo otro motivo para esto que la espada de Condestable, que se le dió, no saben estas circunstancias, y no han hecho alto en que ya era católico antes de ser Condestable.

La ida del Duque de Lesdiguières á Turin, y el haberse concluido la cuaresma, dieron lugar á Francisco para hacer un viaje á la gran cartuja, que está á algunas leguas de Grenoble: conocia en ella á D. Bruno Daffringues, general de la Orden, que juntaba á unos grandes conocimientos una piedad eminente y una candidez propia de los primeros tiempos. Fué recibido de aquellos santos solitarios con todo el respeto debido á su mérito y dignidad. Pero Francisco, enemigo de las distinciones, ó por mejor decir, que no conocia otra que la que viene de la inocencia y de la virtud, quiso vivir entre ellos como uno de sus hermanos. Allí, complacido de su soledad y de aquella simplicidad cristiana, que

se profesa tan particularmente en aquella santa casa, hablaba con ellos de la inconstancia de la vida humana, que se desliza y pasa como un torrente, que mete ruido por algun tiempo, y que un momento despues ya no existe. Consideraba los desórdenes, agitaciones y movimientos de los hombres; como hacen y deshacen, como buscan y huyen de unas mismas cosas, como la esperanza eleva á los unos, en tanto que el miedo abate á los otros; como las pasiones los seducen y los arrastran, siempre emprendiendo y siempre desgraciados en sus empresas, siempre seducidos, siempre engañados, sin que nada sea capaz de corregirlos, y de detener el furor con que corren detras de falsos bienes que huyen de ellos, y que aun cuando los posean, siempre es con mezcla de disgusto; como siendo mortales, y estando seguros de que han de tener una vida muy corta, inciertos aun de su duracion forman vastos designios que necesitarian muchos siglos para llevarse á efecto, siempre ocupados del tiempo, sin pensar jamas en la eternidad, que les persigue, les sorprende, y en la que se pierden al fin sin remedio.

Reflexionaba en seguida sobre la dicha de una alma inocente, desengañada y despreocupada de los falsos objetos que la rodean, siempre conforme consigo misma y con Dios, siempre ocupada de él, siempre tranquila, sufriendo la vida con paciencia, siempre dispuesta á abandonarla, y siempre teniendo á la vista aquella eternidad tan terrible para los que han olvidado á Dios, como el término de sus trabajos, como el fin de sus miserias, y como el principio de una felicidad que nunca tendrá fin, y que es la sola que puede contentar un corazon, que para solo Dios está formado.

Estos pensamientos, de que estaba poseido Francisco, le hicieron que descubriese un secreto, que habia ocultado hasta entonces con mucho cuidado, y que continuó ocultándole siempre, (habiendo sido estos solita-

rios durante su vida casi los únicos depositarios de él). Este consistia, en que haciendo diligencias para buscar un coadjutor, tenia la mira de abandonar enteramente el Obispado y retirarse á una soledad, que habia escogido para no emplearse en otro negocio que en el de su salvacion. Pero Dios lo habia dispuesto de otro modo. Este mundo no era para él un lugar de descanso, y no debía tenerle sino en el cielo.

Si Francisco hubiese seguido los impulsos de su corazon, jamas hubiera salido de la cartuja, este hubiera sido el lugar de su retiro: pero, llamándole el cuidado de su Diócesis, se volvió á Annecy, dejando prendados á aquellos santos solitarios de su virtud y dulzura, así como él lo quedó de su virtud, y de aquella admirable simplicidad, de que hoy en dia se ven tan pocos ejemplos.

Pedro Camus, Obispo de Belley, cuenta con este motivo un rasgo de aquella simplicidad cristiana, que habia aprendido de Francisco, y del que hacia él mismo mucho caso. Lo cuenta de un modo tan natural, que seria echar á perder esta narracion, el variarles ni aun en lo mas mínimo.

Habiendo llegado Francisco á la gran cartuja, fué recibido por el general de la Orden que le acompañó al departamento que habia destinado para las personas de su caracter. Despues de haber estado hablando un gran rato de cosas enteramente celestiales, (dice el Obispo de Belley), se halló que al otro dia era una fiesta de la Orden, lo que obligó á aquel buen hombre á despedirse de Francisco, haciéndole presente, que de muy buena gana le hubiera acompañado hasta la hora de su comida, y aun hasta la de su descanso, pero que juzgaba, que su piedad llevaria á bien el que prefiriese la obediencia al sacrificio de la cortesia; y el que se retirase á su celda á la hora que estaba mandado, para poder ir por la noche á los maytines.

El bienaventurado Francisco aprobó en gran manera esta exacta observancia, continuando aun aquel buen hombre en escusarse con la fiesta de un santo muy recomendable en su Orden. Hecha la despedida con todos los cumplidos de respeto y honor, que pueden desearse, cuando se retiraba á su celda, se encontró con uno de aquellos oficiales conventuales de la casa, que llaman correos, y en otras partes procuradores, el cual le preguntó, á donde iba, y en donde habia dejado á Monseñor de Ginebra. Yo le he dejado, (dijo) en su cuarto, y me he despedido de él para retirar á nuestra celda, é ir esta noche á maytines á causa de la festividad de mañana. Verdaderamente, reverendo padre, le dijo el oficial, que vos entendeis mucho de los cumplidos del mundo: y qué jesto no es sino una fiesta de la Orden! ¿Tenemos acaso todos los dias en este desierto unos Prelados de esta traza? ¿No sabeis que Dios se complace en los sacrificios de la hospitalidad y beneficencia? Siempre os quedará lugar para cantar las alabanzas de Dios. Maytines no os faltarán otras veces: y quién puede obsequiar á tal Prelado mejor que vos? ¿Qué vergüenza no es para la casa, el que os lo dejéis así solo?

Hijo mio (dijo el padre general) yo creo en verdad que vos teneis razon, y que yo he obrado mal. Volvióse desde allí á donde estaba el Obispo de Ginebra, y encontrándolo dentro de su cuarto, le dijo con gran frialdad: Monseñor, yo he encontrado al irme á uno de nuestros oficiales que me ha dicho que habia cometido una grosería en haberos dejado solo, y que no dejaria de recuperar los maytines otra vez, pero que no tendremos todos los dias un Monseñor de Ginebra. Le he creído, y me he vuelto en derechura á pedir os perdon, y á suplicaros que disimuleis mi tontería, porque os aseguro que *ignorans feci*, y que yo no miento.

El bienaventurado Francisco, (prosigue el Obispo de Belley), quedó admirado de aquel candor, ingenuidad

y sencillez, y me dijo, que habia quedado mas prendado al ver esta accion, que si le hubiese visto hacer un milagro. ¡O cuan verdadera es, (añade) aquella palabra de Jesucristo! Que no puede entrarse en el cielo sin la sencillez de un niño.

Apenas hubo llegado Francisco á Annecy, cuando supo, que el Papa, á instancias de la Duquesa de Saboya, habia concedido las Bulas de la coadjutoria de Ginebra á Juan Francisco de Sales, su hermano, con el título de Obispo de Calcedonia; que se habia consagrado en Turin, y que estaba para venir á su lado á Annecy. Cuando supo que estaba cerca ya de esta ciudad, salió á recibirle, seguido del clero, de los magistrados, del ayuntamiento, y de una porcion de pueblo de la ciudad y de sus cercanías. No quiso que le tuviese las consideraciones, que él habia tenido con su antecesor. Resuelto á cederle en fin toda su autoridad, no tuvo dificultad en partirla con él. Habia deseado, que se consagrara, sin embargo de que esto era lo que él no habia querido hacer mientras vivió su antecesor, á pesar de las instancias que se le habian hecho para ello, cuando hizo su primer viaje á la Corte de Francia: su humildad jamas se dejó ver con mas brillo, que en esta ocasion. Le acompañó á la Iglesia, quiso que celebrase de pontifical, asistió á su misa, y comulgó en ella, y quiso que diese las órdenes; en una palabra, le cedió todos los honores, y partió con él únicamente las penas y trabajos del obispado.

No se vieron entre ellos aquellas delicadezas sospechosas y celos de autoridad, de que se han visto tantos ejemplos; la humildad por un lado, la buena educacion por el otro, la virtud en ambos, formaban una armonía y correspondencia mutua, que nada fué capaz de turbar. Atentos únicamente al bien de la Iglesia, y siempre ocupados de Dios y de su gloria, caminaron siempre de concierto hacia un mismo fin.

Esta inteligencia sin embargo era visiblemente obra de la virtud de los dos hermanos, en razon á que no estaba fundada sobre la semejanza de humores y conformidad de genios. Francisco era muy tratable, de una bondad y dulzura á toda prueba, de una piedad tierna, verdadera y compasiva, y siempre pronta á disimular y perdonar las faltas de los demas. El Obispo de Calcedonia por el contrario era serio, y hablaba poco; severo, y aun inflexible con los pecadores, y sobre todo con los eclesiásticos incorregibles y escandalosos. Perdonaba con bastante facilidad las primeras faltas. No sucedia lo mismo con las recaidas, jamas dejaban de ser castigadas.

Esto fué lo que hizo ver bien claramente en la visita general que quiso Francisco que hiciese en su Diócesis, á fin de trabajar juntos despues de concluida su reforma. El Obispo de Calcedonia se sirvió de las memorias de su hermano, pero ademas de esto tomaba informes muy exactos de la vida y conducta de los sacerdotes; aquellos á quienes su santo hermano ó él habian ya perdonado, eran enviados sin remision á las cárceles del oficialato. Apenas se hubo acabado la visita, cuando se vió en ellas un gran número de reincidentes. Francisco no podia desaprobár la severidad de su hermano, pero tampoco podia menos de tener compasion á aquellos desgraciados; y estos se aprovechaban de ella con bastante frecuencia.

La puerta de las cárceles daba á una bóveda, por donde era preciso pasar todos los dias para ir á decir misa; los presos sabian muy bien la hora en que pasaba el santo por alli, y nunca dejaban, cuando pasaba, de pedirle perdon, y suplicarle que tuviese compasion de ellos. Su corazon se enternecia, no era dueño de reprimir, ni ocultar sus lágrimas, y apenas habia dicho misa, cuando representándosele la bondad infinita de Dios para con los pecadores, como jamas se cansa de perdonarlos,

como su misericordia se deja vencer casi siempre de sus lágrimas, como sino pudiera resistirse á sus gemidos: *¿Y qué, decia, puede faltarse siguiendo un tan gran modelo; Dios se ha compadecido tantas veces de mis lágrimas, y yo seré insensible á las que veo correr de los ojos de mis hermanos? ¿El escucha, atiende á los ruegos de unas miserables criaturas, y yo que no soy sino un hombre y un pecador como ellos, seré sordo, y no tendré compasion?*

No podia resistir á estas reflexiones. Asi es, que á su vuelta de la Iglesia mandaba abrir las cárceles, daba una reprension llena de dulzura á los presos, les hacia prometer que vivirian mejor en lo sucesivo, y los enviaba otra vez á sus casas. El Obispo de Calcedonia, que sabia que el santo Prelado no tenia menos celo que él por la reforma de su Diócesis, y que no podia menos de admirar aquella bondad de corazon, que le hacia tan sensible á los males del prójimo, no dejaba por eso de afearle su modo de obrar: *Dios conoce el fondo de los corazones, le decia, y no perdona sino á los que sabe que estan verdaderamente convertidos. Vos no teneis la misma ventaja, y perdonais á todo el mundo sin distincion. Los habrá, os lo confieso, que quedarán conmovidos con vuestra bondad, y se arrepentirán, ¿pero cuántos habrá que abusarán de ella, y á quienes vuestra facilidad hará incorregibles?* Entonces la humildad del santo Prelado llegaba hasta pedirle que le disimulase, y hasta prometerle, que seria mas severo en lo sucesivo, y en aquel momento tenia efectivamente semejante designio.

Sin embargo, á pesar de todos sus propósitos, desde el dia siguiente continuaba del mismo modo que antes, no pudiendo permitirle su estremada bondad, el que viesse padecer á uno fuese quien fuese, sin consolarle. En fin el Obispo de Calcedonia, que estaba persuadido de que su indulgencia era demasiada, y que ya se abu-